

- RAM. Lo ajeno importa, como una función de teatro.
- CEL. Pero el teatro es ficción, mientras las cosas de la vida son verdad.
- RAM. Según... En la vida la verdad anda más vuelta con la mentira que en ningún teatro... ¿No acaban ustedes de oír á la Condesa que mienten hasta las caras y las edades? La vida también es farsa y comedia, y no sabemos el desenlace, mientras los actores lo saben perfectamente.
- CEL. Según eso, ¿no estamos enterados ni de nuestro propio papel?
- RAM. Eso, eso mismo. Y en eso consiste la fuerza dramática de la vida.
- COND.^a Tiene razón el señor Duarte: los verdaderos dramas, en la vida.
- GER. En la vida, las bajezas, las villanías, las fatalidades que empujan al abismo.
- CEL. En la vida, las víctimas sin culpa, la desgracia que recae sobre quien no la merece.
- CONDE. En la vida, las traiciones del más allegado, las miserias de las venganzas que pierden á á todos.
- JAV. En la vida, las situaciones desesperadas, en las cuales se siente vértigo, y no se repaña ni en nadie.
- MARQ. Pero, ¿qué os pasa? ¿En qué tono habláis? ¿Qué significa?...
- COND.^a (Recobrándose y afectando alegría.) Nada... Nos hemos entusiasmado.
- GER. (Lo mismo.) ¡Pues es verdad! ¡No nos hemos puesto poco melodramáticos!
- CEL. Una tontería... ¡Qué gracia tiene!
- CONDE. Si no nos riésemos, seríamos ridículos. (Ríe. Los demás ríen también.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto. Hora, la tarde.

ESCENA PRIMERA

MANUELA que entra por la puerta de la izquierda y se detiene mirando alrededor; después GERMÁN.

- MAN. No está aquí mi señora... En su habitación estará. Voy á ver... (se acerca á la segunda puerta de la derecha, cuando entra Germán.)
- GERM. (Bajo.) Hola, prenda. ¿Está la anciana?
- MAN. No sé... No he entrado todavía en el cuarto de mi señora.
- GERM. Pues entra, tú que tienes privanza, y pregunta si puede recibir á... la Celi.
- MAN. ¿A quién, á quién?
- GERM. Hazte la tonta, y que te metan el dedo en esa boquirrita... La Celi, la chica de la casa.
- MAN. La señorita Celina, querrás decir.
- GERM. ¡Bah! Eso, cuando oyen los señores... pero aquí creo que hay confianza.
- MAN. Pues te engañas. Yo guardo el respeto á los amos. ¿Se ha visto sinvergüenza?
- GERM. Pero, Marusa, ¿vas á ser siempre una infeliz? Da lástima, que una chica como tú con buenas formas y lista en lo que cabe, viva

tan en Babia. ¡Los amos, los amos! Hay que hacerles todas esas fisnerías, porque lo exigen... mucho de «el señor» y mucho de tratamiento... pero en cuanto estamos solos, hay que desquitarse, ¿lo oyes tú? Si no, reventaríamos.

MAN. Déjame en paz con tus prédicas, que me ponen la cabeza como un bombo... Con lo disgustado que parece que anda aquí hoy todo el mundo, no estoy para fiestas.

GERM. ¿Lo ves? ¿No te lo dije, testaruda? ¡Esto se val Para el tiempo que nos queda de servir en esta casa de Tócamerroque, podemos hablarles de tú.

MAN. Yo no dejo á mis señores, aunque pidan limosna. Sin soldada les sirvo.

GERM. ¡Hija! Un premio de esos que dan á los sirvientes modelo, cuando ya los ha comido la polilla y están secos de tanta hambre... Y eso de sin soldada... no será novedad... porque desde hace meses... En fin, ahora, despacha el recado.

MAN. Voy... (Se dirige hacia las habitaciones de la Condesa, entra en ellas, y casi inmediatamente sale dando un ahogado grito.) ¡Jesús! ¿Quién anda ahí?

ESCENA II

DICHOS, JAVIER que sale de las habitaciones de la Condesa, demudado, pero procurando que no se le note.

JAV. Soy yo... ¿Por qué te asustas?

MAN. ¡Ay! ¡Si es el señorito! Me asusté, porque iba á avisar á mi señora, y estaba algo oscuro, y vi á un hombre... Perdone, señorito. ¿Está ahí la señora, por supuesto?

JAV. (serenándose.) No... no está... Yo venía á verla... No la encontré... (Se marcha por la izquierda.)

ESCENA III

GERMÁN y MANUELA

GERM. Ejem, ejem... ¡Vaya una salida la del Javierito! Ni que le siguiese un toro... Y tú, ¿por qué chillaste? ¿Te pellizcó? (Acercándose demasiado.)

MAN. (Desviándose.) ¡Ay, qué chiste! A mí no se me atreve nadie; soy mujer de bien... Es que me dió miedo, porque así, medio á oscuras... tomé al señorito por un ladrón... Ya ves qué barbaridad más gorda.

GERM. Barbaridad, ¿por qué? ¿Se te ha figurado que no pueden ser *eso*... los señoritos?

MAN. Un día vas á aprender lo que son los puños de una Marusa, como tú me llamas...

GERM. Pega, pega... (Pone la cara. Manuela, sin hacerle caso, se dirige á la segunda puerta de la derecha, á tiempo que entra por la de la izquierda la Condesa, que viste con elegante sencillez y severidad un traje de calle. Por la de la derecha, asoma Celina. Se retiran Manuela y Germán según expresa el diálogo.)

ESCENA IV

CELINA y LA CONDESA

CEL. No acabáis de decirme si mamá madrina...

MAN. Aquí viene la señora, justamente... ¿Me necesita?

COND.^a No, Nela.. Ya te llamaré... (A Celina.) Hola, querida... En todo el día no te había visto.

CEL. He almorzado fuera, en casa de Altacruz... Me hicieron cantar... La verdad: me inquieto un poco esta conversación. Sospecho lo que quieres preguntarme, y, no lo puedo remediar, se me encoge el alma...

COND.^a (La conduce al sofá y la pone una mano cariñosamen-

te en el hombro.) No tengas recelo. Suceda lo que suceda, sé de fijo que en tí no hay culpa.

CEL.^a (Apurada.) No, madrina, culpa no... Hago la vida de todos, lo que se acostumbra, igual que las demás muchachas. Si estamos en situación desastrosa, lavo mis manos.

COND.^a ¿En situación desastrosa, dices? ¿Conque era cierto?

CEL. ¿No preguntas? Respondo.

COND.^a Es raro lo que le pasa á uno con las desgracias. Las está uno tocando, y no las quiere ver. Desde que he llegado aquí adivinaba mil cosas... Las caras de mi hijo, de Gerarda, la misma tuya... Y voluntariamente me ponía una venda. ¿De modo que me estaba reservada, para mis últimos años, esta desventura? ¿La ruina de la casa?

CEL. No se aflija... Acaso el daño no sea tan grande... Pero que hay daño, eso...

COND.^a ¡Dios mío! Debiste llevarme con mi pobre hijo Luis; no conservarme para asistir á nuestra pérdida.

CEL. Aquí de tu gran corazón. Consuélate como yo, y mira que á mí me perjudica más que á tí: tengo más tiempo de ser pobre, voy á quedarme soltera... y me he resignado. *Los *padres nos dan la vida, y también la muerte... Les tengo lástima, y con tenerles lástima á ellos, no me acuerdo de mí misma *

COND.^a ¿Pero cómo ha sido eso?... ¿Quién nos pierde? ¿Es Gerarda?... Ayer tenía cara de haber llorado... Ayer estaba... no sé cómo.

CEL. No, madrina, no.. *Se me figura que no es *Gerarda quien principalmente... Ha hecho como yo; ha seguido el impulso... * Quisiera poder decir lo contrario. Al fin mi padre es mi padre, y Gerarda una madrastra... pero te aseguro que la pobrecilla es buena, y no ha sido dichosa. Se ha lanzado al torbellino para aturdirse. ¡Bien caro paga el haber en-

trado en nuestra familia! Es mujer de corazón. ¡Mi padre la deja tan sola!

COND.^a (vacilando.) Y... á pesar de eso... dí... ¿se quieren?

CEL. (Aparte.) No sé cómo responder á esta pregunta.

COND.^a Callas... Pensé que la ruina era una desdicha muy grande, (Levantándose alterada.) y por lo visto hay otra mayor. ¡Siempre miré con desagrado el tal segundo matrimonio! ¡En nuestra familia, una mujer sin nombre ilustre!

CEL. Gerarda no ha cometido ninguna falta, no se ha manchado. Pero es mujer, y está ofendida; es madre, y la fortuna de su pequeñito la ha visto tirar por la ventana... No le pidas á Gerarda ni á nadie imposibles. A mí no me preguntes más... Porque ya no tengo fuerzas. Probablemente he dicho demasiado...

COND.^a ¡Niña! ¡Qué me dirás que no se me haya ocurrido en mis soledades! Todo lo he presentado en noches sin sueño... Y, como allí cerca tenemos la costa brava, me comparaba á las mujeres de los pescadores, que les ven embarcarse y se quedan en el muelle temblando... Y no pueden hacer por ellos nada... Si el mar se los traga, á veces hasta lo presencian. Y las infelices, entonces, vuelven la cabeza, ven un crucero de piedra, y al arrodillarse al pie, parece que aquella piedra fría y ruda les dice: «Confía. Yo mando en las tempestades...»

CEL. Mientras tú rezabas allá, ellos se arruinaban aquí...

COND.^a ¡Si se redujese el daño á apuros de dinero. Si yo no temiese por la honra!...

CEL. Madrina... Vas á creer que soy muy mala... Pero te lo aseguro: sin dinero, la honra peligra. Esta sociedad respira por el bolsillo.

COND.^a ¡Parece mentira que hablen así veinte años!

- CEL. Veinte años, en este ambiente, valen por cuarenta.
- COND.^a Vamos á ver... vamos á ver... Es preciso que yo conozca la extensión del daño... Hasta dónde llega... y qué parte tomó cada cual. Tu padre...
- CEL. Mi padre juega á la Bolsa. Con el afán de triplicar su fortuna ha emprendido negocios que le han salido mal. Tuvo una buena racha cuando subieron los liberales... Presintió la subida...
- COND.^a ¿Que... la presintió? Hija mía, aunque no estoy, según dicen, en el movimiento, sé lo que esos presentimientos significan. Si tu padre se limitase á conservar su hacienda... no necesitaría dedicarse al agio y á... á la adivinación... De manera que tu padre... negociando; Gerarda, despilfarrando en vanidades; tú siguiendo la estela... ¿Y Javier?... En medio de mi pena, hay un consuelo para mí. ¡Tu hermano, inocente de todo eso, que tal vez ni aun sospeche que su patrimonio se ha derretido como la sal en el agua! Habrá vivido alegremente, habrá hecho sus locurillas de muchacho... pero es la continuación de la casa de Castro, y en él me apoyaré para remediar, si es posible, esta desdicha. Yo tengo mis bienes. Si no es un caudal grande, con economía puede servir de base á la reconstitución de una fortuna. Tengo un capital en joyas. ¡Todo, todo, para que reviva nuestro nombre! Javier está en edad de acometer esa empresa. Le ayudaremos... Sí, renacerá Castro Real. ¿Por qué callas? ¿Por qué bajas la cabeza? ¡Por nada! ¡Bien está! ¡Solo que no siempre corresponden las realidades á nuestros deseos! Si Javier...
- CEL. .
- COND.^a Javier no se habrá hecho cargo de la situación. Así que yo tenga con él una conversación decisiva...

ESCENA V

DICHAS, EL CONDE. Viene muy sombrío. Hace señas á Celina de que se retire. Celina besa á la Condesa y obedece.

- COND.^a (severamente.) ¿Qué traes? ¿Por qué despides á tu hija?
- CONDE. Tenemos que hablar de cosas muy serias.
- COND.^a De cosas muy serias hablábamos cuando entraste.
- CONDE. Mamá, se trata de que...
- COND.^a Sé de qué se trata. Estás arruinado; has acabado con la hacienda que te dejó tu padre, que yo mejoré y que entera debías transmitir á tus hijos.
- CONDE. Ya que te han informado tan bien, debieron añadir que los demás...
- COND.^a Eres padre, eres jefe de familia... No acuses á nadie si tu casa no marcha en orden y si en ella no se vive como se debe. No diga el piloto que los marineros le han torcido el rumbo.
- CONDE. Metida en tu rincón de Castro Real, no estás al corriente de la marcha de la sociedad, que ha variado desde tus juventudes. Hoy no hay pilotos. Cada cual rige. Así va la nave.
- COND.^a ¿Tu ejemplo, ha sido el que debiera ser?
- CONDE. Vengo á pedir socorro á mi madre. Veo que tampoco de ella debo esperarlo.
- COND.^a ¿De qué naturaleza es ese socorro que me pides?
- CONDE. Apremiado por la fatalidad..
- COND.^a No llares fatalidad á lo que tejieron tus propias manos. No hay fatalidad. Has gastado lo que no podías gastar; has querido vivir, no como un verdadero señor, hijo del tiempo, sino como un advenedizo, deslumbrando á espectadores de una hora. Has negociado, contando con la ruina de los demás,

y has labrado la tuya. Y así, tu casa, fundada por héroes, continuada por señores ilustres, se desploma contigo, el último y el peor de los Castro Real.

CONDE ¿Último y peor? No te acuerdas de que tengo un hijo.

COND.^a ¡Negra contestación!

CONDE Más negras eran las palabras tuyas.. Dura eres conmigo, madre... Para que veas que estoy en camino de arrepentimiento, te digo que hay muchas cosas en la historia de mi ruina, que aun me las perdonarías menos que la ruina misma. Debo á mi madre el respeto de pensar que piensa así, y que el interés no es para ella lo primero.

COND.^a Si tu pobreza naciese de una causa noble, creo... que hasta te felicitaría por ella. Pero desórdenes, vicios...

CONDE Si tuviese yo que ilustrar mi linaje en ocasión señalada, estoy seguro de que lo ilustraría. ¿Qué hicieron esos ascendientes tan famosos? Tener valor una hora. No me falta á mí. Lo difícil es luchar contra las tentaciones de cada momento, en esta sociedad á cada paso más enferma, más podrida... Batalla continua no se le impone á ningún soldado. Vencido estoy... Todo acabó.

COND.^a (Aparte.) Mi corazón se conmueve. Es mi hijo, mi hijo... Pero si le entrego á él los restos de nuestro caudal, lo disipará, y será la miseria lo que legue á los sucesores... No, de ellos es lo que queda...

CONDE Adiós, madre, no llores á mal que haya esperado en tí un momento...

COND.^a (Llorando.) Adiós, Felipe; no puedo, no puedo hacer nada por tí...

ESCENA VI

Al salir el CONDE, llega GERARDA. Se cruzan en la puerta y se miran significativamente: el Conde con reproche, Gerarda con altanería. Es una escena muda cuya duración queda encomendada á la discreción de los actores. Al fin, los dos hacen un movimiento, cede el paso el Conde y entra Gerarda.

GER. Vengo... No puedo prescindir... (Notando que la Condesa llora.) ¿Qué tiene usted? ¿La molesto?

COND.^a No, hija mía... No se trata de nada secreto para tí, ni puede sorprenderte que lllore. Apostaría que no vienes por otra cosa, sino por lo que me hace llorar.

COND.^a Acierta usted... Yo también lloraría, pero tengo una sequedad, una rabia, que me quitan el consuelo del llanto.

COND.^a Acércate. ¡Pobre Gerarda! Una más á sufrir las consecuencias de la insensatez de Felipe!

GER. No la llame usted insensatez. Un insensato podría tener lealtad, conciencia...

COND.^a (Disculpando.) Felipe está pesaroso...

GER. No crea usted en arrepentimientos de hombres viciados... Se ve entre la espada y la pared, y acaso por eso habrá afectado arrepentirse. También le creí yo... y mentía. Si estuviera de veras arrepentido, á Castro Real tendría que irse.

COND.^a A Castro Real debíais veniros todos. Ven, Gerarda.

GER. No, y usted perdone... Cualquier cosa podrán achacarme, menos que no hablo claro... Aunque usted no me ha recibido con entusiasmo en su casa, yo tengo más fe en usted que en toda la familia junta. De los Castro Real, el caballero es usted... Será tontería, será romanticismo, pero no quisiera que la madre de mi marido pudiese acusarme de una bajeza. Errores, faltas, bueno; engaños, nunca.

- COND.^a Serénate, hija mía, explicáte... Y no creas que yo...
- GER. No, me llame usted hija. El lazo se ha aflojado, y va á desatarse.
- COND.^a Eres joven, yo tengo un pie en el sepulcro... Hija te llamo.
- GER. Pues bien... súpalo usted. He cesado de tenerme por mujer de Felipe.
- COND.^a No está en tu mano. Es tu marido, y aunque lo olvidase el mundo entero, se acordaría Dios.
- GER. (Con violencia.) Ni usted ni yo podemos atar lo que Felipe ha desatado; lo que va á romperse hoy mismo... Ya lo verá usted. Prefiero adelantarme; irme yo, antes que se vaya él.
- COND.^a (Coge á Gerarda de un brazo y la acerca al balcón, mirándola cara á cara.) ¿Sola?
- GER. ¡Sola!
- COND.^a ¿Para seguir sola... en todos sentidos?
- GER. No respondo del porvenir.
- COND.^a ¿Qué indignidades vienes á contarme?
- GER. Las de su hijo de usted. El, el noble por los cuatro costados, malversó la dote de la mujer sin blasones ni timbres; aprovechando mi confianza, ha gastado mi dote... Si no he de pedir limosna, necesito amparo, y he de aceptarlo... Me lo ofrecen...
- COND.^a ¿Duarte?
- GER. ¿Ve usted qué pronto adivinó?
- COND.^a ¿Pero qué lodo es este? Gerarda... me das lástima y me das horror... Tú vales más que el porvenir que quieres crearte. Si es cierto que al pronto te acogí con frialdad, después se me ha figurado que valías, que tenías alma... No, no es que te acuse: las faltas de los míos me hacen bajar la frente.
- GER. ¡Eso no!... Usted conserva para mí toda su autoridad.
- COND.^a No hay autoridad; no hay aquí sino dos mujeres que sufren la misma desgracia... Mi

- hijo ha hecho mal, muy mal, pero, Gerarda, eso no te da derecho á imitarle... Cuando los hombres echan por la ventana el honor, las mujeres bajamos á la calle á recogerlo, lo guardamos en nuestro pecho, y al calor nuestro lo hacemos revivir... Condesa de Castro Real, otra Condesa de Castro Real te pide que des una lección á los degenerados.
- GER. Ilusiones, que respeto, pero que no comparto. No hay salvación posible. Desde antes de casarse conmigo, Felipe había principiado á bajar la cuesta. Filtraciones, derroches, negocios embrollados, alternativas de prosperidad y ahogos pasajeros. Iba despacio aún. Yo me casé... casi es ridículo decirlo... enamorada, ilusionada... Además, el nombre de Castro Real me sugestionó... Yo no soy de sangre azul... pero... tengo esa preocupación... venero la nobleza... Cuando abrí los ojos, Felipe seguía bajando la cuesta... más aprisa... y no siempre cogido de mi brazo... Creí, no obstante, que respetaría lo que no era suyo, lo que era de su hijo inocente... Ni aun eso respetó... y eso abre entre él y yo un abismo.
- COND.^a Las apariencias dicen que rompes tu unión cuando Felipe se arruina.
- GER. ¡Las apariencias! *Mientras tuve esperanzas, *guardé apariencias. Hoy... no tienen importancia para mí. He tocado su vanidad.* Las apariencias dirán lo que quieran, pero usted, que es la conciencia de la familia, me absuelve.
- COND.^a No; no te absuelvo. Los deberes no son condicionales; los deberes son absolutos. No solo no te absuelvo, sino que, para culparte más, quiero quitar todo pretexto, toda excusa á tu deserción. Mi fortuna, pequeña ó grande, te pertenece; responde de tu dote; cuanto poseo es tuyo. La injusticia que han cometido los míos, en lo que dependa de

- GER. mí, será reparada. No se dirá que un Castro Real ha despojado á su mujer, cuando esa mujer lleva dignamente su nombre. (Conmovida.) ¡No quiero, no acepto, no aceptaré nunca! (Asiéndose á la Condesa para detenerla.) ¡No permito sacrificio semejante! No se lo imponga usted; es inútil. (con explosión.) Oiga bien, madre mfa... madre de mi alma... De todos modos, á su lado de usted he de vivir... Con usted á Castro Real... al fin del mundo... ¡Empeño mi palabra!..
- COND.^a ¡Bien, Gerarda! Pero no importa, esto ha de ser...

ESCENA VII

GERARDA y CELINA

- CEL. ¿No estaba aquí mamá madrina?
GER. Hace un momento...
CEL. ¿También tú lloras? ¡Creí ser sola!...
GER. Todos hemos de llorar en esta casa, todos... mucho... hasta que, insensiblemente, las cosas se arreglen, mejor ó peor. Te aseguro que las piernas me tiemblan, el pecho me duele, y me parece que la casa gira,—suavemente—pero gira.
CEL. (Bajo.) No es que gire; es... que se cae.
GER. ¿Qué traes ahí?
CEL. Una carta de mi padre.
GER. ¿Una carta? ¿Te la ha dado él mismo?
CEL. En la puerta. Le aguardaba el coche. Iba abatidísimo... me dió un beso más expresivo que de costumbre. Gerarda, mi padre se nos marcha, estoy segura de ello...
GER. Celi, tu padre ya se había marchado... Lo que estaba conmigo y contigo, no era más que su sombra. No nos quería de veras.
CEL. ¿Qué importa que se vaya?
GER. ¿Por qué hablar así, Gerarda?

- GER. ¿Lo que yo pueda hablar, influye en nuestra situación?
- CEL. Pero hace mal... Yo estoy nerviosísima...
- COND.^a (Dentro.) ¡Manuela! ¡Nela! (Al mismo tiempo que llama con la voz, toca el timbre.)
- GER. (Saliendo por la izquierda.) Voy á llamarla.
- COND.^a (Saliendo alteradísima.) ¡Manuela! ¿Pero dónde está esa criatura?
- CEL. ¿Qué tienes? ¿Hay algo en que yo te pueda servir? Mira, tengo para ti una carta de papá... pero tranquilízate antes de leerla.
- COND.^a (Recobrándose un poco y pasándose la mano por la frente.) ¿Una carta de tu padre? Dámela y vete, vete un momento. (Vase Celina por la izquierda.)

ESCENA VIII

DICHA y MANUELA

- MAN. ¿Mi señora llamaba?
COND.^a ¡Sí, llamo! (Con la carta en la mano y sin abrirla, se lleva á Manuela á un rincón del escenario.) No encuentro mis joyas.
MAN. ¿Las joyas? ¡No puede ser! No habrá mirado bien la señora Condesa.
COND.^a Te digo que no están allí. Los estuches vacíos, todo desparramado...
MAN. (Consternada.) ¡Virgen queridal! ¿Qué desgracia tan grande!
COND.^a Sin lamentaciones; vengán mis joyas.
MAN. Pero, señora, no son una cosa tan pequeña para desaparecerse así de delante de los ojos... ¿No ha entrado ahí nadie, señora?
COND.^a Tú sabrás si durante mi ausencia... (Pausa. Manuela reflexiona.)
MAN. Durante... durante la ausencia de la señora... (Sin poder hablar de terror.) Sólo... sólo ha entrado...

- COND.^a Pronto... ¿Quién? ¿Quién ha entrado ahí durante mi ausencia?
- MAN. Si no me atrevo... señora... ¡Las joyas allí están, no puede ser otra cosa! ¡Ay, Virgen bendita, válenos!
- COND.^a Obedece... contesta... ¿Quién ha entrado?
- MAN. Como si no hubiese entrado nadie... nadie... porque... ya ve mi señora... que el señorito Javier, no... Y yo entrar no le ví... Ví que salía...
- COND.^a ¡El señorito! ¡El señorito Javier! (Se desploma un momento en un sillón. Coge á Manuela con violencia de la mano, arrastrándola á una esquina.) Nela, tus padres son caseros nuestros desde el tiempo de los abuelos de mi marido; te he visto nacer; el año pasado libré á tu hermano de quintas... Aunque te pongan al pecho un puñal, no digas á nadie... á nadie, ni que faltaron las joyas, ni que... ni que viste...
- MAN. No tenga miedo la señora Condesa, que la obedezco como si fuese mi madre misma... Así me lleven á presidio, mi boca no se abrirá.
- COND.^a (Alzando el dedo.) ¿Ves, Nela? ¡Allí hay quien apunta las palabras que se dan y los juramentos que se hacen!
- MAN. ¡Mi señora, ni la tierra lo ha de saber por mí! ¡Ni la tierra!
- COND.^a Y vete... Vete, ¡ya sabes! (Pone el dedo en la boca en señal de silencio.)

ESCENA IX

CONDESA

¡El! ¡El! ¡Es imposible! ¡No cabe, no cabe en cabeza humana! ¡Dios mío, no me abrumes tanto! No hay resistencia. Esta carta de Felipe... ¡Qué nuevo disgusto mortal vendrá en ella! (Rompe el sobre.) ¡Qué pruebas para el

fin de la vida! (Lee.) «Te escribo á tí porque ya sé lo que puedo esperar de Gerarda. No tengo más que una solución...» (Se detiene espantada.) ¡Tiemblo adivinar! «Me voy. Estaré fuera mucho, mucho tiempo. Trataré de rehacer mi fortuna, y si no lo consigo, no volveréis á verme...» (Llorando.) ¡Hijo mío, hijo de mi vida! ¡No verle más! ¡No verle más!

ESCENA X

DON VENANCIO, entrando por la izquierda con un rollo de papeles; la CONDESA viuda

- VEN. (Presentando los papeles.) ¡Señora Condesa! ¡Si supiese qué buenas cosas acabo de averiguar sobre la casa de Castro Real! En el archivo de la Academia de la Historia...
- COND.^a (Levantándose y rechazando los papeles.) Ya no hay casa de Castro Real. Puede usted romper esos papelotes.

FIN DEL ACTO TERCERO